

tra Almeida y contra el ejército inglés después de tomada la plaza. Tras de conceder el general en jefe un descanso de quince ó veinte días en julio, quería que Almeida cayera en agosto, para tomar la ofensiva en septiembre, y así mandó proceder inmediatamente á la acometida de Almeida.

Ney ejecutó las órdenes dadas y con singular energía, como se verá ahora. Obligó á la retaguardia de los ingleses á replegarse precipitadamente, empujándola de continuo hasta el fuerte de la Concepción, obra regular situada en el camino de Ciudad Rodrigo á Almeida y en la cumbre de una meseta que domina dicho camino. Minado habían los ingleses este fuerte, no queriendo privarse de una guarnición para defenderlo ni dejarlo en manos de nuestras tropas; pero tan velozmente avanzó nuestra caballería, que no les dió tiempo más que para volar dos bastiones. Fácilmente se podía preparar la obra, bien que no se pensó en tal cosa, pues tampoco á los franceses convenía guarnecer aquel punto. Con la caballería de Montbrún y la infantería de la división de Loissón llegó Ney el 24 de julio delante de Almeida, estrechando muy de cerca al general Crawford, situado, como hemos dicho, á la derecha del Coa, al frente de seis mil infantes y mil caballos. Este general se retiraba en línea plegada, apoyando su derecha en el Coa y su izquierda en Almeida al amparo de los fuegos de la plaza. Ney, cuyo ardimiento se inflamaba á la vista de los ingleses, proponiase cortar primero á los de Almeida, y después lanzarlos á la quebrada profunda del Coa. Hízoles cargar sobre su izquierda hacia Almeida por Montbrún con la caballería ligera con un regimiento de dragones y con las compañías de tiradores formadas durante el último asedio: además dispuso que la infantería del general Loissón atacara al par y vivamente su centro y su derecha. Aunque los ingleses no fueran grandes andarines podían forzar el paso durante algunas horas, y no perdieron tiempo en acercarse al Coa, tratando de hacerse firmes á alcance de los fuegos de la plaza que les cubría y del puente que debían cruzar al cabo. Ney los perseguía tan de prisa como ellos ejecutaban su retirada. Bajo el mismo fuego del cañón de Almeida atacólos Montbrún con su caballería y sus tiradores, y les obligó á alejarse, mientras cayendo Loissón sobre su infantería los arrollaba hacia el puente. De llevar menos delantera, ni un solo hombre se libertara de este cuerpo, y aún así costó de seiscientos á ochocientos soldados entre muertos y prisioneros, pérdida sensibilísima para los ingleses por su número escaso y por la presunción que tenían de no dejarse envolver nunca. Después de tan brillante golpe de mano se embistió á Almeida, y se comenzaron los establecimientos necesarios para el sexto cuerpo, encargado de este sitio, cual lo estuvo del precedente. Junot hubiera deseado que cupiera tamaño honor al octavo cuerpo; mas para hacerlo así hubiera sido menester cambiar el orden de batalla, y el general en jefe no lo quiso de ningún modo.

Sabiendo Ney que habría que pasar dos meses en aquellos acantonamientos, hizo que se construyeran barracas para sus tropas, y luego envió á sus soldados á la siega. Soberbio era el trigo, no faltaba ganado, y el ejército pudo permanecer allí sin sufrir privación alguna. Después se extendió á distancia á fin de cortar las

faginas de que necesitaba forzosamente para los trabajos del sitio, más que nada por la naturaleza del terreno.

Almeida era un pentágono regular perfectamente fortificado, completamente armado, guarnecido por cinco mil portugueses y situado sobre un terreno de roca, donde había dificultad de abrir trinchera. De consiguiente, para cubrirse necesitábanse muchos sacos de tierra, muchas faginas y muchos cestones.

Toda la primera quincena de agosto se dedicó á la siega, á proveerse del material indispensable y á esperar la artillería de grueso calibre: ya el 15, día del santo de Napoleón, se abrió trinchera. Massena se había trasladado al terreno, y eligióse por punto de ataque el fuerte del Sur, así como el bastión de San Pedro, por parecer menos defendido que los otros. No permitía la naturaleza pedregosa del suelo meterse allí mucho y fué menester cubrirse con sacos de tierra. Ahondóse la trinchera los días siguientes y se prolongó á derecha é izquierda á fin de que fuera posible establecer fuegos de revés contra el bastión atacado en posiciones acomodadas. Estos trabajos costaron hombres y tiempo á causa de haber mal abrigo y de estar determinado no hacer uso de la artillería hasta que pudieran jugar á la vez todos los fuegos. Para suplirla se colocaron tiradores dentro de hoyos, á la manera que en Ciudad Rodrigo, encargándose disparar contra los artilleros contrarios. Sin embargo, se adelantaba lentamente, porque á cada instante se encontraba la roca viva, y había que recurrir á la mina para ahondar las trincheras. No bien estuvo abierta la primera paralela en su extensión toda, se desembocó en zizás para proceder á abrir la segunda, y llevóse muy cerca del bastión de San Pedro sin disparar un cañonazo.

Mientras se ejecutaban los trabajos de aproche, construyéronse once baterías, y se armaron con sesenta y cuatro piezas de grueso calibre, llevadas de Ciudad Rodrigo y de Salamanca. Estando pronta la artillería la mañana del 26 de agosto, mandó el mariscal Massena romper el fuego. Al caer los proyectiles en todas direcciones sobre una plaza pequeña que, aun cuando bien fortificada, podía ser casi envuelta por las baterías de los sitiadores, causaron grandes destrozos. Con vigor respondió el enemigo, pero sin poder hacer frente á nuestra artillería, servida con tanta exactitud como viveza. Muchos edificios eran consumidos por las llamas. De noche, cayendo una bomba felizmente dirigida sobre el almacén de pólvora que se hallaba en el mismo centro de la ciudad y en el castillo, produjo una explosión espantosa. Varias casas se vinieron abajo, y perecieron unos quinientos hombres entre soldados y vecinos: también rodaron al foso algunas piezas de artillería y se resquebrajaron diversos trozos de baluartes. Nuestras trincheras quedaron atestadas de tierra, de guijarros y de escombros de todas clases hasta el extremo de necesitarse grandes trabajos para limpiarlas.

Al despuntar la mañana del 27 fué cuando se descubrió especialmente en todo su horror el desastre de la plaza. Consternados clamaban los habitantes por que no se les expusiera á aquellos estragos de la pólvora por más tiempo; indignadas las tropas de Almeida, como los defensores de Ciudad Rodrigo, de resultas de la perseverante inmovilidad de los ingleses, decían que no

se les debía sacrificar más tiempo al egoísmo de un aliado implacable y hablaban también de rendirse. Juzgando Massena con tino del desorden que debía reinar en la plaza, intimó la entrega el día 27, escribiendo al gobernador que, tras un accidente como el que acababa de abrumarle, no era posible llevar más adelante la resistencia; y así el gobernador se puso á parlamentar y á disputar sobre las condiciones. Entretanto un general portugués, el marqués de Alorna, que iba con nosotros, lo mismo que varios oficiales compatriotas suyos, presentóse junto al baluarte á fin de ensayar su influencia sobre los portugueses, y habló con algunos oficiales de la guarnición de la plaza, siendo amigablemente recibido. Todo probaba que aquella guarnición no quería ya defenderse: sin embargo, habiendo aún disputado el gobernador todo el día, Massena mandó romper de nuevo el fuego, bien que sólo hubo que disparar algunos cañonazos, pues á las once de la noche fué aceptada la capitulación bajo las condiciones dictadas por nosotros.

A otro día, 27 de agosto, el sexto cuerpo, que tuvo la gloria de este segundo sitio como la del primero, entró en Almeida, y empezó así la invasión de Portugal con dos hechos de armas gloriosos. Cerca de cinco mil hombres se hallaron dentro de la plaza, bastantes provisiones de boca y una excelente artillería. Aquellos cinco mil prisioneros de la guarnición eran del regimiento de línea portugués número 24 y de milicias. Todos y particularmente los últimos embarazaban mucho á Massena, y como los ingleses habían tratado de persuadir á los habitantes de Portugal que los franceses tenían costumbre de matar á cuantos caían en sus manos, creyó muy provechoso desmentir semejantes rumores soltando á los milicianos, pertenecientes la mayor parte al paisanaje, y encargándose decir á sus compatriotas que los que no se defendieran serían tratados con la misma indulgencia. Por consejo del marqués de Alorna propuso Massena al 24 regimiento de línea que entrara al servicio de Francia, á imitación de otros portugueses, que ya militaban en nuestras filas, y hallóle propicio á admitir la propuesta. Todos aceptaron, soldados y oficiales, unos para desertar de allí á poco, otros por resentimiento contra los ingleses, que les dejaban batirse sin llevarles socorro. Massena hizo reparar á Almeida de seguida para ponerla en estado de defensa.

Estaba, pues, felizmente llevada á remate la primera parte del plan de campaña, que consistía en señorear las fortalezas de la frontera. Se tenía una buena base de operaciones, buena con tal de que se lograran abastecer las plazas conquistadas, crear hospitales, almacenes y situar allí fuerzas bastantes para tener expeditas las comunicaciones. Sólo que había mucho con Ciudad Rodrigo y Almeida, por ser dos y no una las guarniciones que había que dejar á la espalda, doble el abastecimiento que había que proporcionarse, doble el cuidado de defensa para un mismo objeto, hallándose tan próximas las dos plazas que la una servía para el mismo uso que la otra. Así Massena quiso destruir á Almeida, y esto fuera lo más acertado; pero ignorando que Napoleón en París opinaba lo mismo sobre este punto y no sabiéndolo hasta más tarde, prescribió que se reparara y pusiera en estado de defensa la plaza, y dedi-

cóse finalmente á adoptar las últimas disposiciones para su entrada en Portugal.

Septiembre corría á la sazón y del 12 al 15 pensaba cruzar la frontera. Después de felicitarle mucho Napoleón por la toma de Ciudad Rodrigo y de Almeida, aguijoneóle para moverse con actividad suma y lanzarse una vez emprendida la marcha sin reparar sobre los ingleses. «No son más de veinticinco mil, le escribía; á cerca de sesenta mil deben ascender vuestros soldados aun después de los sitios y de las enfermedades estivales. ¿Cómo veinticinco mil ingleses han de poder resistir á sesenta mil franceses confiados á vuestro mando? Vacilar sería un escándalo de debilidad que no es de temer en un general como el duque de Rivoli y príncipe de Essling.» No necesitaba Massena que se le estimulara á arrojarle resueltamente sobre los ingleses cuando los cogiera por delante, pero veía con dolor las ilusiones que Napoleón se forjaba sobre la fuerza de ambas huestes, y le mortificaba el presentimiento vago de que él sería la primera víctima de tales ilusiones, mientras que Napoleón lo era á su turno, lo cual nadie preveía entonces, salvo quizá el general británico por ser el único bien situado en Europa aquellos días para juzgar atinadamente.

Por desgracia Massena distaba de tener lo que Napoleón suponía, y los ingleses contaban con muy otras fuerzas que imaginaba. No de ochenta mil hombres, como en París se creía, sino de sesenta y seis mil constaban los tres cuerpos de Ney, Junot y Reynier, y para entrar en Portugal podían reunir unos cincuenta mil á lo sumo. Con efecto, los sitios habían costado al cuerpo del mariscal Ney como dos mil hombres: habiendo pasado rápidamente la estación de las lluvias continuas á los calores sofocantes, se había merchado el cuerpo de Ney y más el de Junot, compuesto de jóvenes casi todo, lo menos en siete ú ocho mil hombres. En las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo había que dejar guarniciones que no podían bajar de mil doscientos hombres en la una y de mil ochocientos en la otra, en totalidad tres mil soldados. Además convenía dejar algunas tropas válidas á retaguardia, y no obstante su deseo de no diseminar fuerzas, independientemente de las guarniciones de Almeida y de Ciudad Rodrigo resolvió el general en jefe dejar al general Gardanne una columna de tres mil hombres, compuesta de mil dragones y dos mil soldados de infantería, para mantener desembarazados los caminos entre las plazas que formaban nuestra base de operaciones, para acabar los vastos almacenes que importaba tener á la espalda y para recoger á los hombres que salieran de los hospitales. Por estos diversos motivos el mariscal Massena no se podía poner en marcha sino con cincuenta mil hombres á lo sumo. Corto número en verdad contra lord Wellington, que acababa de atraer al general Hill sobre Abrantes, tan luego como descubrió el movimiento del general Reynier hacia Sierra de Gata, y que, con los veinte mil ingleses y quince mil portugueses que ya tenía, juntaba cincuenta mil hombres de excelente calidad. Para lidiar con igual ventaja hubiéramos necesitado poseer una tercera parte más cuando menos contra las posiciones defensivas que en Portugal se encontraban á cada paso, y que Wellington sabía elegir y disputar á maravilla. Al retirarse lord Wellington iba á ver aún su ejército

aumentado con el repliegue de los portugueses, con la incorporación de los españoles de Badajoz y con la llegada de los refuerzos de Cádiz á Lisboa. Así, bajo los muros de esta plaza iba á contar ochenta mil hombres, además de las líneas de Torres-Vedras, cuya existencia era ignorada por los franceses. ¿Y á qué número irían reducidos cuando se presentaran al frente de estas líneas los cincuenta mil hombres de Massena, obligados á llevarlo todo consigo, teniendo que sostener muchos encuentros y aun que dar alguna gran batalla probablemente? No era hacer una suposición muy exagerada la de creerlos reducidos á cuarenta mil hombres, moribundos de hambre, frente de los ochenta mil ingleses, portugueses, españoles, de lord Wellingtón, que estarían bien provistos de todo y atrincherados en alguna fuerte posición defensiva, con el mar y las escuadras británicas por apoyo. Y no paraban aquí las dificultades, pues Massena debía llegar por la izquierda del Tajo, que entre Abrantes y Lisboa es un río anchuroso, y encontrarse sin medios de pasarlo en presencia de los ingleses, quienes con su material marítimo estaban en posesión de las dos orillas. Se hubiera necesitado, pues, que veinticinco ó treinta mil hombres, partiendo de Andalucía con un tren de puente que se pudiera hacer bajar de Alcántara, fuesen á dar la mano á Massena bajo Abrantes; que este mariscal en vez de cincuenta mil contara setenta mil combatientes, y así, descontadas las pérdidas, hubiera tenido contra Wellingtón probabilidades de triunfo, salva siempre la dificultad de vivir, aunque se hubiera disminuído en gran manera con la ocupación de las dos orillas del Tajo, porque el Alentejo ofrecía recursos de los cuales se hubieran podido apoderar los franceses procedentes de Badajoz antes que los ingleses tuvieran tiempo de destruirlos.

Sin dejar de resignarse á la obediencia, Massena escribió á Napoleón de nuevo para decirle que sus fuerzas eran insuficientes con relación á las de los ingleses; que los caminos ponían espanto; que para vivir no hallaría nada; que tan luego como se pusieran en marcha serían interceptadas todas sus comunicaciones; que apenas lograría mantenerlas con Salamanca y Ciudad Rodrigo; que no podría recibir nada; que por consiguiente era un problema el averiguar cómo conseguiría subsistir ante los ingleses, provistos de todo, muy aumentados, al par que él se hallaría muy reducido; y que no tendría eventualidad de buen suceso, si no se hacía llegar prontamente sobre su espalda un cuerpo considerable que llevara, no sólo socorro de hombres, sino provisiones de boca y guerra y caballos de tiro. Lo que en su previsión concebía Massena, se les alcanzaba á sus lugartenientes de igual modo. Ney, Junot, Reynier, sobre quienes á la verdad no pesaba el difícil cargo de contradecir al emperador, declaraban todos los días que la empresa no era prudente con los medios de que se disponía, que en París era muy fácil redactar planes, y lejos de la realidad de las cosas expedir órdenes inejecutables sobre el terreno; que había que atreverse á dirigir al emperador formales representaciones y á resistirse á marchar interin no enviara lo necesario para salir bien del empeño. Por desgracia Massena, que según hemos dicho, acababa de ser colmado de favores y que temía pasar por tímido á los ojos de un soberano muy exigente en punto á energía, cometió un yerro, el único grave de

esta campaña, yerro en que incurren á menudo aun los caracteres más independientes bajo señores no contradichos, el de aceptar un encargo contra lo que dicta la razón sana, y así determinó marchar adelante. Además contaba con la llegada del general Drouet al frente de veinte mil hombres, con la del general Gardanne al frente de ocho ó de nueve mil y hasta con la concurrencia probable de las tropas de Andalucía: contaba con la fortuna que jamás le fué adversa en veinte años; y últimamente, cansado como estaba y todo, sentía en lo íntimo de su alma la confianza de que, si lograba dar alcance á los ingleses en cualquier punto, les haría experimentar tal descalabro que se concluyera la guerra en una batalla, y no más que restos de la fuerza enemiga tuviera ya que perseguir hasta las playas del Océano.

Aun después de recibir las cartas persistió Napoleón en su idea, por la costumbre que tenía desde muy atrás de oír á los generales exagerar los recursos de los contrarios y disminuir los suyos propios, no contando en el ejército británico más que ingleses, que al tenor de falsos informes calculaba en veinticinco mil hombres á lo sumo; no considerando por nada los españoles y portugueses; figurándose por tanto que cincuenta mil franceses serían muy bastantes para vencer á veinticinco mil ingleses del todo; ignorando la existencia de las líneas de Torres-Vedras; no imaginando cuántos recursos valdrían al enemigo la distancia, el clima, la esterilidad de los lugares; y habiendo, por último, contraído la costumbre de creer en la realización de todo lo que deseaba; costumbre que sólo debiera ser propio de medianías, pero que merced á la lisonja, lo es á veces hasta del genio. A todas las objeciones respondió que era menester marchar adelante y echarse encima de los ingleses cuando los encontrara. Massena se decidió, pues, á partir al cabo, esperando que se le enviara cuanto se le había prometido, y que jamás le abandonaran la fortuna y su gran denuedo. Había señalado el 10 de septiembre para el paso de la frontera, y aplazólo hasta el 16 con el fin de estar mejor preparado y de dejar pasar los calores que á la sazón eran todavía muy fuertes. Se había lisonjeado de poder almacenar víveres para medio año en Ciudad Rodrigo y Almeida, con provisiones bastantes para el caso de que el ejército emprendiera la retirada: también se había prometido llevar consigo subsistencias para veinte días, lo cual suponía un millón de raciones, siendo cincuenta mil los soldados. En esto como en todo fué la realidad muy inferior á la esperanza. Llegada la hora de la partida, no había podido encerrar víveres más que para cuatro meses en las dos plazas; hubo de renunciar á formar almacenes á retaguardia de sus tropas, ni logró juntar más subsistencias que las necesarias para veinte días, y esto arruinando todos los medios de transportes del país desde Burgos á Salamanca. Verdad es que ajustes ya hechos y requisiciones decretadas debían producir aún un millón doscientas mil raciones de granos, y que dejaba á sus agentes en Salamanca el encargo de entenderse con el general Gardanne para que en su ausencia se siguiesen ejecutando sus mandatos. De los víveres que juntó para diez y seis días, llevaba á costas los de seis cada soldado, y los de los otros diez iban detrás en mulas, pollinos y bueyes. En vez de cien bocas de fuego que no hubieran representado más que dos por cada mil hombres, ape-

nas podía engañar sesenta y dos á causa de la necesidad que tenía de llevar municiones de guerra para toda la campaña. Sus caballos de artillería estaban ya fatigados por los dos sitios en que se les había empleado, bien que dos mil bueyes les ayudaban á acarrear el material grueso. Detrás de cada cuerpo de ejército iban rebaños de carneros de los cogidos en la comarca; y en suma, todo estaba prevenido como para cruzar el desierto. A pesar del mal humor de algunos jefes, el ejército demostraba alborozo por salir al fin de su inacción larga y marchar en busca de los ingleses. Los cuerpos de Ney y Reynier se componían de soldados experimentados: solamente los de Junot eran bisonños, aunque instruídos y ya inflamados en el espíritu militar al contacto de sus camaradas. A mayor abundamiento se había desembarazado de todos los endebles y malsanos, dejando cinco mil hombres por veinte mil en los hospitales. Confianza respiraba la infantería, mal vestida, pero bien calzada y armada, madura de edad y experiencia. Tostados por el sol, muy prácticos en el ejercicio á caballo, armados con largos sables de Toledo, que á cada tajo causaban heridas mortales, iban los dragones, principal fuerza de la caballería. Si alguna vez pudiera vencer el valor la naturaleza de las cosas, este ejército merecía intentarlo. Habiendo estado concordes Massena, Ney, Junot, Reynier, no eran inferiores á tamaña empresa, y probabilidad había de que al frente de tales soldados la llevaran á dichoso remate.

Acabados los últimos preparativos, Massena puso en movimiento su ejército el 16 de septiembre por la mañana. Antes de montar á caballo despachó al emperador otro ayudante de campo con objeto de repetirle cuanto ya se ha manifestado sobre las dificultades de la empresa y de mandar con instancia el pronto envío de socorros en hombres y en material, é inmediatamente después emprendió la marcha. Allende las fronteras de Portugal desembocó el ejército en tres columnas. Llegado de la vertiente del Sur á la del Norte de la Estrella, el cuerpo de Reynier, que era el segundo, debía de juntarse al ejército en Celórico y formar su izquierda. Yendo Ney con el sexto cuerpo al mismo punto en derechura, formaba el centro. Con el octavo cuerpo y formando la derecha había de pasar Junot por Pinhel y mantenerse algo á la espalda para proteger el enorme convoy de bueyes, mulas y pollinos que marchaba detrás de las tropas, llevando lo que más falta hacía, pan y cartuchos.

Ya los primeros pasos que se dieron en aquel funesto país justificaron todo cuanto se había temido. Árido se esperaba encontrarle, porque ya lo habían pisado muchos soldados, mas viósele además talado por el hierro y el fuego. Por dondequiera se hallaron desiertos los lugares, inservibles los molinos, ardiendo los graneros y los pajares. Cuanto dejaron por destruir los habitantes, lo destruyeron los ingleses: ni un guía se presentaba de que fuera posible servirse: apenas se hallaron algunos viejos que no pudieron seguir á la población fugitiva y de los cuales no se obtuvieron muchos informes. Suplióse la falta con tres ó cuatro oficiales portugueses incorporados al ejército y con los pocos soldados del 24 regimiento de naturales que no habían aún desertado. Se adquirieron de estos guías todas las luces que fué posible, por caminos que aun para malos carros de

labor estaban casi impracticables. Sin embargo, en medio de aquel desierto pedregoso, desecado por el cielo, incendiado por los hombres, ya que no trigo ni ganado, halláronse patatas, judías y coles de excelente calidad con que el soldado se complació en llenar su rancho.

Massena retuvo algo el 17 la marcha del sexto cuerpo, que era el más diligente, para dar lugar á que se le juntara el segundo. Con el grueso del ejército hizo alto en Juncais, camino de Viseo. Junot seguía trabajosamente y bastante detrás con la masa de los bagajes.

Se trataba de saber qué ruta se seguiría por aquel valle del Mondego, que lleva al Océano las aguas de la vertiente septentrional de la Estrella. Bajando del Norte de esta sierra el Mondego iría á desaguar en el Duero, si otra cordillera secundaria, denominada de Caramula, no le atajara el curso, haciéndoselo torcer hacia el Oeste y obligándole á desembocar en el Océano después de pasar por Coímbra. Este río corre, pues, entre los estribos de la Estrella y las menos enhiestas cumbres de Caramula, encerrado así en una especie de cauce redondeado hasta que sale de él por una angosta cavidad violentamente abierta poco antes de llegar á Coímbra.

Ora pasara Massena á la derecha, ora á la izquierda del Mondego para dirigirse á Coímbra, donde debía hallar abundantes recursos y el camino real de Oporto á Lisboa, necesitaba superar numerosas dificultades. A la izquierda se había de encontrar con los estribos escarpados de la Estrella, á la derecha con las ásperas ondulaciones de la sierra de Caramula, unos y otras de facilísima defensa, y en ambos casos, en el fondo del valle á su desemboque en Coímbra, con una especie de garganta que los ingleses no dejarían de cerrarnos. Teniendo, pues, que vencer los mismos obstáculos, tanto á uno como á otro lado, prefirió la orilla derecha á la izquierda, porque en las pendientes menos agrias de la sierra de Caramula tenía probabilidad de hallar más cultivo y más recursos para sus tropas; y cuantos víveres lograra recoger al paso eran una economía oportuna de los que llevaba consigo. Así, llegado á Celórico, dejó Massena la orilla izquierda por la derecha del Mondego, y encaminóse hacia Viseo, pequeña ciudad de siete á ocho mil almas, donde había un gran mercado de ganado de todas clases (1).

(1) El duque de Wellingtón en su correspondencia tan juiciosa y tan imparcial comunmente, censura mucho al mariscal Massena por haber tomado el camino de Viseo, pretendiendo ser el peor que el mariscal pudiera haber escogido, bien que no aduce ninguna razón valedera. Puesto que no se arrancaba desde Galicia, como se había efectuado sin éxito en la precedente campaña; puesto que no se bajaba hasta Extremadura, lo cual hubiera ocasionado un largo rodeo para ganar el Alentejo, no había más que seguir el valle del Mondego al Norte de la Estrella; y en el valle del Mondego, por su mayor fertilidad, era la orilla derecha preferible sin duda, y no ofrecía posiciones más favorables que la izquierda al genio defensivo de los ingleses. Verdad es que se hubiera podido pasar por la vertiente Sur de la Estrella en vez de pasar por la del Norte; pero allí se hubiera encontrado el camino de Castel Blanco, donde Junot estuvo á pique de perecer tres años antes. No tenía, pues, Massena otro camino que seguir que el de Viseo, y razón hay para extrañar una crítica repetida á menudo en la correspondencia impresa del duque de Wellingtón, sin apoyo de ningún firme fundamento. Se puede decir que no es digna de la solidez y rectitud de sus juicios, y es de sentir que el ilustre general británico no se mostrara más equitativo respecto de un rival no menos ilustre que él. Ciertamente que los despachos del noble duque estaban destinados á su gobierno, dictados por la impresión del momento, y que más

El segundo y el sexto cuerpo llegaron el 19 á Viseo, cuya población había apelado á la fuga, excepto algunos desvalidos, hombres ó mujeres, que no pudieron marcharse. Aunque los ingleses hubiesen destruido los hornos, los molinos, los graneros, y prendido fuego á las ruedas de moler granos, recogieron bastantes legumbres y hasta algún ganado, y las tropas que habían creído no hallar nada más que lo que llevaban encima, se mostraron satisfechas y confiadas. Algunos soldados hasta tuvieron la imprudencia de tirar por los caminos la galleta de que llevaban lleno el saco, echando cuentas de que ya se compondrían para vivir bien en todas partes.

La porción de ejército más digna de lástima era la artillería, y principalmente el cuerpo encargado de la custodia de los bagajes. Casi estaban impracticables los caminos, y bastaron tres días para agotar las fuerzas de los caballos y poner en malísimo estado los carros de la artillería. Hasta una viva alarma había sufrido la columna de los convoyes, pues el coronel Trent, partidario muy osado, seguido de ingleses y portugueses, aprovechó de un instante en que la escolta se hallaba lejos para asaltar la columna de los bagajes; mas revolviendo aquélla de pronto, obligóle á soltar su presa, no perdiéndose más que algunas carretas sorprendidas aisladamente en el camino.

Massena, á quien nada apremiaba, y que, muy ganso de venir á las manos con los ingleses, quería mejor darles alcance en terreno más descubierto, concedió dos días de reposo á sus tropas con el fin de reunir el octavo cuerpo y de componer los carros de la artillería.

No más deferente el mariscal Ney respecto de sus inferiores que de sus superiores, se había indispuerto con el antiguo general Loissón, y Massena arregló á éste, de resultas, una división de vanguardia con las tropas ligeras, haciéndole marchar al frente del ejército y junto á la caballería de Montbrún. A ambos ordenó que prosiguieran adelante, mientras el grueso de las tropas descansaba en Viseo, y encargóles restablecer los puentes destruidos por los ingleses sobre los dos riachuelos Dao y Criz, que bajan de la sierra de Caramula al Mondego. Montbrún y Loissón emplearon los días 22 y 23 en reparar los puentes y en cruzar los riachuelos sobre los cuales estaban echados, dando á cada paso pequeños combates á retaguardia y con buen suceso todos.

Reynier á la izquierda y Ney en el centro pasaron con sus cuerpos el riachuelo Criz el día 25; Junot á la derecha salió de Viseo: Montbrún y Loissón se adelantaron á orillas del Mortao, último río que había que atravesar para hallarse en el fondo del valle del Mondego, y esta vez hallaron más tenaces á los ingleses, bien que les obligaron á que se replegaran y les abandonaran el lecho escarpado de aquel pequeño río.

Ya en este punto se pisaba el fondo del valle por donde corre el Mondego, y del cual no sale, según se ha dicho, sino por una garganta angosta, para cruzar la ciudad de Coímbra. Evidentemente allí era donde los ingleses iban á procurar hacernos cara, pues en ambas orillas tenían posiciones igualmente fuertes desde donde

tarde, juzgando á su rival con la elevación que cumplía á su gloria, hacía al mariscal Massena muy cabal justicia y especialmente con referencia á esta campaña. (N. del A.)

resistirnos. Si pasábamos el Mondego, para trasladarnos á la izquierda, encontrábamos una cumbre desprendida de la Estrella y llamada sierra de Murcelha, que se alzaba delante de nosotros como un obstáculo casi insuperable. Quedándonos á la orilla derecha, teníamos enfrente la sierra de Caramula, que torciendo para cerrar el cauce del Mondego y tomando aquí el nombre de sierra de Alcoba, nos presentaba un obstáculo no menos difícil de vencer, aun cuando no tan elevado. Dos caminos casi paralelos permitían transponer esta sierra de Alcoba para bajar después hacia Coímbra y tomar el camino real de Oporto á Lisboa. Tanto en el uno como en el otro se veían numerosos puestos para obstruirlos, y por encima, sobre cumbres cubiertas de matorrales, de olivos y de pinos, se divisaban tropas que al parecer iban de nuestra izquierda á nuestra derecha. Los paisanos decían que más allá había una llanura. ¿Acaso era una meseta que coronaba la cordillera y desde la cual se bajara después al llano de Coímbra, ó era por ventura este mismo llano? ¿Se tenía delante el ejército inglés con ánimo de disputar el Portugal sobre aquellas cumbres tan bien acomodadas á su manera de pelear, ó se limitaba su fuerza no más que á dos grandes retaguardias sin otro designio que el de disputarnos aquel paso para detener nuestra marcha, y dar lugar á los enemigos de evacuar por completo á Coímbra?

Según lo que se tenía ante los ojos, igualmente verosímiles eran ambas suposiciones. De igual dictamen fueron Ney y Reynier luego que se comunicaron sus impresiones particulares. Cualquiera que fuese el propósito de los ingleses, no parecía que estuvieran aún bien establecidos sobre el terreno donde se les divisaba, y convenía asaltarlos al punto para arrollarlos de repente si iban en retirada, ó para forzarlos en su posición antes de que hicieran allí pie firme si se proponían aceptar el combate. Ney y Reynier discurrían muy cuerdamente; mas por desgracia no estaba aún Massena sobre el terreno, adonde no llegó hasta la tarde, ya porque la fatiga, á la cual empezaba á ser muy sensible, retardara su marcha, ya porque le ocupara el cuidado de hacer avanzar la cola de su ejército, compuesta de carros toda ella, que producían grande embarazo. No habiéndose atrevido sus lugartenientes á empeñar una acción general durante su ausencia, aguardaron á que llegara, y cuando ya estuvo presente, quedaba tiempo cuando más para practicar un reconocimiento y deliberar sobre la conducta que conviniera seguir al otro día.

Después de reconocer el general en jefe la posición del enemigo, fué de igual parecer que sus lugartenientes, y conjeturó que los ingleses se disponían á dar batalla sobre el terreno. Difícil era evitarla. De trasladarse á la izquierda del Mondego, que fuera forzoso vadear por falta de puentes para preparar en seguida á la sierra de Murcelha, encontrarase allí probablemente á los ingleses que, descubriendo desde las alturas que ocupaban todos nuestros movimientos, no dejaron de seguirlos y aun quizá de arrojarlos sobre nosotros durante esta marcha de flanco. Meterse en la garganta misma del Mondego para pasarlo siguiendo á lo largo y desembocar más allá de Coímbra, era imposible, angostando las alturas el río por aquel paraje de tal modo, que ni á derecha ni á izquierda había practicable paso ninguno. Sólo quedaban, pues, los dos caminos que había de

frente, cruzando en derechura uno y otro la sierra de Alcoba, á no ser que se tratara de pasar á la derecha, hacia la parte donde esta sierra se une á la de Caramula, de que es prolongación simplemente. Con efecto, hacia aquella parte se notaba una depresión de terreno capaz de dar paso á las tropas, bien que los paisanos, mal interrogados sin duda, afirmaban que por aquel lado no había ningún camino practicable para carruajes. De consiguiente no había más arbitrio que optar entre hacerse dueños de la posición que allí no oponía estorbo, ó retirarnos. Así y todo, hubo divergencia de pareceres. Poco antes el mariscal Ney opinaba por trabar el combate, y ya había mudado de consejo. Dijo que hubiera convenido acometer á los ingleses sin demora y antes de que en su posición se hicieran firmes; que ya era tarde; que valía más retroceder que perder una batalla en aquellas gargantas espantosas, sin saber cómo retirarse luego que se tuviera siempre encima un enemigo victorioso. A estas razones añadió consideraciones diversas, ya intempestivas, sobre una campaña empezada con medios poco proporcionados á las dificultades que ofrecía.

Massena rechazó vivamente la proposición de retirarse, que Ney pudo hacer sin empacho como que la responsabilidad no había de pesar sobre sus hombros. Dijo que tal consejo no era digno del mariscal, y que era menester dar batalla. Reynier, circunspecto ordinariamente, opinando al revés de su carácter ahora, como Ney al revés del suyo, fué del mismo dictamen que Massena, y afirmó que, después de haber estudiado bien la posición, creía posible tomarla. A este parecer se atuvo Massena, y se resolvió la batalla para el otro día. Habiéndose considerado fuerte Reynier para tomar la posición aquélla, correspondíale atacarla antes que á otro alguno, y se convino en que desde muy temprano probara á penetrar allí por el camino de la izquierda, denominado de San Antonio, mientras Ney tratara de penetrar por el de la derecha, llamado Moira, el cual desembocaba en la cartuja de Busaco; en que Junot, que había entrado muy llegada la noche, se quedaría á retaguardia para proteger la retirada, si no se alcanzaba el triunfo; en que Montbrún con toda su caballería se mantendría en batalla á la falda de las alturas para acuchillar á los ingleses, si trataban de bajar á ella, y en que la artillería, imposible de llevar consigo al asalto de aquellas quebradas, se colocaría sobre muchos ribazos, desde donde podría disparar balas sobre el enemigo. Massena se situaría entre las dos columnas de ataque para dictar las disposiciones que requirieran los sucesos de la jornada.

No se engañaban los generales franceses al suponer que lord Wellington estaba resuelto á pelear sobre aquellas cumbres. Con efecto, el caudillo inglés, aunque muy prudente, no se quería meter dentro de sus líneas en ademán de fugitivo, y para cuando encontrara una de aquellas posiciones, contra las cuales parecía que se había de estrellar la impetuosa bravura de los franceses, tenía determinado dar una batalla defensiva que le permitiera retirarse más tranquilamente, que afianzara la fuerza moral de sus tropas en el caso de que debieran defender las líneas de Torres-Vedras, y hasta que le evitara el replegarse sobre Lisboa, si del todo redundaba en ventaja suya. Con esta idea juzgó que le ofrecie-

ran el apetecido campo de batalla la sierra de Alcoba ó la de Murcelha que, según se ha dicho, van á juntarse por más arriba de Coímbra en las márgenes del Mondego. Ignorando cuál de ellas tratarían de forzar los franceses, colocó sobre la sierra de Murcelha al general Hill con su cuerpo, que recientemente había traído á su lado, y personalmente situó con su cuerpo de ejército principal sobre la de Alcoba. Habiendo distinguido desde la posición dominante que ocupaba la marcha de los franceses y su reunión en la orilla derecha del Mondego y á la falda de la sierra de Alcoba, atrajo á sí el día 26 el cuerpo del general Hill, y le hizo pasar el Mondego y trepar á la sierra de Alcoba, lo cual dió lugar á aquellos movimientos observados por los franceses por entre los pinos y matorrales que coronaban las alturas.

De consiguiente, el 26 por la tarde casi todo el ejército anglo portugués se hallaba junto sobre la meseta de la sierra de Alcoba, desde las cumbres que dominan á pico el Mondego hasta la cartuja de Busaco. Lord Wellington había colocado el destacamento portugués, que servía á las órdenes del general Hill, á la misma extremidad de la sierra y contra el Mondego. Después, tirando á su izquierda y á nuestra derecha se hallaba la división de Hill, que era la segunda; después la quinta al mando de Leith, cerrando en parte el camino principal de San Antonio, por donde Reynier había de dar la embestida; y la tercera división, guiada por Picton, acababa de cerrar este paso. En seguida la primera división á las órdenes de Spéncer ocupaba una posición intermedia entre el camino de San Antonio y el de Moira y podía acudir á uno ó á otro. Torciendo aquí la sierra de Alcoba para juntarse á la de Caramula forma hacia la cartuja de Busaco una línea curva, en cuyo centro desemboca el camino de Moira, por donde Ney debía ir al avance. Esta última posición ocupábala el general Crawford con las tropas ligeras inglesas y el grueso de los portugueses; de suerte que los fuegos de los generales Spéncer y Crawford batían á la vez el camino de Moira que va á la cartuja de Busaco. Por último, la cuarta división á las órdenes de Cole formaba la extrema izquierda del ejército británico hacia la parte en que la sierra de Alcoba se une á la de Caramula.

Creyendo lord Wellington ni más ni menos que Massena que más allá no había ningún camino practicable, limitó al envío de alguna caballería ligera mandada por el partidario Trent su vigilancia hacia aquel punto. En lo alto de la sierra hay una meseta de ciento ó doscientas toesas de anchura, muy pedregosa, bien que no falta espacio para el despliegue de fuerzas. Sobre esta meseta dispuso lord Wellington fuertes reservas de infantería y de artillería, para caer improvisamente sobre las tropas que se atrevieran á trepar por la posición hasta su cumbre. Estaba, pues, más sólidamente establecido en Busaco que en Talavera, y así, aun cuando con alguna ansiedad, esperaba sin turbación la jornada del 27.

Vistos los franceses de todas partes y viendo apenas á sus contrarios, inquietábase poco de los obstáculos acumulados á su paso. Cerca de cincuenta mil eran como los ingleses y reputándose superiores á éstos en la llanura, creían poder hallar en su osadía una compensación á las dificultades que les costara el triunfo. Al despuntar la aurora del 27 se hallaban ya formados los cuerpos de Reynier y de Ney, uno delante de San An-